

TÍTULO: EL ÚLTIMO VUELO DEL VENCEJO

La conocí una mañana como otra cualquiera, aunque nunca imaginé que tras ese primer encuentro se establecería una conexión que nunca se rompería.

Tenía una mente que volaba mucho más allá de sus años y sus contemporáneos. Era como un vencejo que nunca se cansa, que nunca aminora. Había sido muy valiente desde joven. Tenía arrojo, ganas de aprender, afán de compartir y, sobretodo, un impulso innato por vivir.

No sé si era fuerte por lo que había tenido que enfrentar o la vida la desafió porque la vio tan fuerte. El caso es que tuvo que sobrevivir a demasiados contratiempos: el desprecio, el dolor, la pérdida, la enfermedad, ... Todo apuntaba a un camino que se divisaba oscuro. Pero ella lo convirtió en algo especial, lo transformó en solidaridad.

Con cada llamada, con cada video-conexión, con cada charla o con cada reunión impulsaba vínculos que la alejaban de la negrura y conseguían dibujar la sonrisa más bonita y sincera que haya conocido.

Fueron muchas las visitas al hospital de Fuenlabrada, muchas las habitaciones en las que estableció su hogar y muchas las enfermeras, celadores, técnicos y otros profesionales a los que conquistó. Conseguía amenizar con su experiencia de vida las curas o la canalización difícil de una vía periférica, despertando interés con su avidez por conocer su evolución.

Hipnotizaba cuando hablaba amorosamente de su hijo, a pesar de que ya no estaba a su lado. Tenía humor, tenía carácter, era auténtica. A menudo protestaba por estar sola. Le hubiera encantado conversar con más personas, haber comentado aún más novedades del día, en política, cultura, sociedad, ...estaba preparada para hablar de todo.

Su molesto destino hospitalario se lo impedía, y eso la minaba demasiado. Cuando entraba en su habitación tenía siempre preparadas sus preguntas, y sus argumentos a mis respuestas. Ninguna de sus palabras era en vano.

Su conexión al exterior siempre dependía de la carga del dispositivo, si cogía wifi o si tenía datos. Su audio resonaba cada ciertos días deseando al interlocutor una jornada agradable, bonita, y recordándole que estamos aquí para vivir y disfrutar, a pesar de lo que nos caiga.

Para mí, el momento más difícil desde que la conocí, fue decirle que tenía que decirle adiós a su hogar. Se vio obligada por sus circunstancias a dejar su lugar de refugio y privacidad para abrazar otros espacios que no le decían nada. Debía compartir momentos con personas que estaban muy lejos de ella. Hasta en esas ocasiones era capaz de generar risa con sus anécdotas. Ocurrió así cuando nos contaba que aunque su compañera parecía estar bien no era así, ya que la buscaba a menudo como cómplice para una huida furtiva en la noche.

Me atreví a sacarla un día a comer porque tenía muchas cosas que contarme y la comida habitual no era de su agrado. ¡Cómo disfrutamos con sus historias! No faltó pedir su copa de vino nada más sentarse, en un lugar muy agradable en el que fui consciente de que muchas personas como ella ya no acudirían porque nadie las llevaba.

Ese momento nos detuvo en el tiempo, para recordarlo siempre con una sonrisa, a pesar del manto de la disnea que la cubría y que vaticinaba momentos peores.

Por supuesto esos momentos llegaron. Debilitaban las alas del vencejo y no le dejaban levantar su vuelo. Actuaban como una gran corriente de viento que doblaba sus alas.

Pero no son los tiempos que más recuerdo. Sólo empañan momentáneamente mi visión de ella, para luego resurgir por encima de las nubes, como una media luna luminosa, y no aterrizar jamás.

El último vuelo del vencejo se llevó una parte de mí, que estoy segura sigue volando alto, a salvo y con la sonrisa más bonita y sincera que he conocido.

Su nombre era Carmen, y ésta es su historia.